

Aunque el "abanico" ideológico de la lista de asistentes era bastante amplio, habría que discutir la plena representatividad de la "muestra" escogida, precisamente por ciertas ausencias. Especialmente, se echaba en falta una representación del movimiento obrero y una más amplia representación regional. Baste decir que de Madrid eran un 70% de los asistentes. Creo - que son graves estos "pecados" de centralismo que también se cometen en el campo democrático.

De los asistentes, pienso que, más que los nombres propios, interesan las fuerzas políticas representadas: aunque no estén todavía reconocidas por la legalidad, interesa hablar de ellas porque pronto lo estarán. Se ha hablado en la prensa de que estaba el PSOE, pero no se ha dicho que había - también personalidades representativas de -por orden alfabético- Alianza Socialista de Andalucía, Derecha Democrática, Izquierda Democrática, Partido Comunista de España, Partido Nacionalista Vasco, Partido Socialista del País Valenciano, Partido Socialista Popular y Unión Democrática de Cataluña.

Aunque no formábamos "grupo", en el verdadero sentido de la palabra, pues no habíamos participado en su formación -habíamos sido invitados individualmente-, sí hubo un consensus claro, de derecha e izquierda: cambio democrático. Allí no se atrevió nadie a pronunciar la más reciente palabrería - pseudodemocrática - "evolución", "apertura", "asociaciones"- como no fuera para atacarla.

Los políticos europeos públicamente nos aseguraron que mientras no se produjera ese cambio democrático, el gobierno español no podría esperar de la Comunidad Europea más que relaciones meramente mercantiles. Luego del cambio, quedaría abierto el camino para nuestra integración en Europa y, entonces, decían, nos tratarían como uno más entre ellos.

Por ésto no me gustó -y así lo dije públicamente- que, al principio de la reunión uno de los españoles presentes -curiosamente, un exiliado- manifestara que "nuestro patriotismo" nos impediría "perturbar" las negociaciones entre el actual gobierno español y la Comunidad Económica Europea. Dije que eso era una forma muy personal de entender el patriotismo, que desde luego no compartía. Yo a eso le llamo, más bien, patrioterismo.

Un tema polarizó la atención de todos, españoles y europeos, en público y en privado: la reciente constitución por todo el país de las Juntas Democráticas.

De todas formas, la reunión de Bruselas tuvo importancia, más que por los que allí fuimos o por lo que allí se dijo, porque supuso el reconocimiento a nivel público de las comunidades europeas a una España real, distinta de la oficial. Se comprende, pues, la preocupación del Gobierno por esta reunión de Bruselas.

Digo "a nivel público", porque, sin esta publicidad, es sabido que la Comisión Europea, mantiene relaciones con la Junta Democrática de España, al ser la única instancia de poder democrático a nivel de todo el Estado español. Así se entiende la protesta oficial ante el gobierno español presentada por los miembros de la Comisión, con ocasión de la detención de miembros de la Junta Democrática de Madrid.

En este orden de cosas hubo una anécdota interesante. En un principio, algunos de los invitados españoles se oponían a la presencia, en la "muestra" democrática que iba a ir a Bruselas, de miembros del Partido Comunista de España. Otros considerábamos que esta exclusión era inadmisibile por lo que suponía de escamoteo de la realidad española. Lo curioso fue que, finalmente, fueron personalmente miembros de la Comisión Europea los que invitaron oficialmente al Partido Comunista de España, liquidando así las reticencias sectarias de algunos españoles.

Y puede preguntarse: ¿Qué explicación tiene ésto? Muy sencilla. Los actuales miembros de la Comisión Europea están convencidos -he tenido la oportunidad de comprobarlo personalmente varias veces, en diálogo con ellos- de que Europa no es viable más que si consigue la participación e integración de los millones de comunistas de la Europa occidental.

Esto no ha sido posible hasta hace poco, primero, por la cerril actitud de algunos gobernantes europeos que se empeñaban en ver a los partidos comunistas como quintas columnas de la Rusia soviética. Segundo, por la no menos cerril actitud de algunos dirigentes comunistas que hacían todo lo posible por aparecer como meros testaferros de la URSS. Hoy, unos y otros, han cambiado. Por ésto, hoy Europa es posible, incluso para tantos socialistas que veíamos con recelo la identificación de Europa con el gran negocio capitalista del Mercado Común. Hoy estamos convencidos de que Europa es la única respuesta posible a los dos grandes problemas mundiales: la tensión entre las hegemonías de URSS y USA, y la situación del tercer mundo.

(Sobre la situación política española)

Lo más interesante del momento actual es el surgir del "reformismo". Esto

es buena señal, porque el "reformismo" siempre se da cuando ya se oyen las campanillas de la revolución. En nuestro caso se trata de una revolución política: el cambio democrático.

El reformismo surge siempre, también, desde dentro del sistema, precisamente para parar el cambio.

En la "mesa redonda" recientemente celebrada en Cuadernos para el Diálogo sobre el "asociacionismo" -por cierto que parece que su publicación tiene algunos problemas- hablé del reformismo como la rebelión de los franquistas contra Franco, en cuanto que supone una traición a las esencias del sistema hecha desde dentro de él, aunque, analizado objetivamente, no sea más que el último intento de evitar el cambio real.

Otros asistentes a la "mesa" no estuvieron de acuerdo y me explicaron que había que distinguir entre franquistas "pancistas" y franquistas por mentalidad. Yo creo que éste es un mero problema fisiológico, en cuanto que la motivación de los franquistas venga de la "panza" o de la "cabeza" es algo irrelevante a efectos políticos. O sea, que o se está con Franco o no se está con él; en uno u otro caso hay que asumir la responsabilidad correspondiente y dejarse de florituras. (Decía yo en esa "mesa redonda" que me temía que en unos años, desaparecido Franco, nadie se iba a acordar de haber sido franquista.)

Lo que piensa Franco de las asociaciones está claro en el Decreto de Unificación, vigente durante cuarenta años. Por tanto, las "asociaciones" hay que verlas como el intento "reformista" de los franquistas para suceder a Franco evitando el cambio democrático.

¿No deja sorprendido que el señor Fraga levante ahora una bandera que ha venido siendo objeto, ni más ni menos, que de persecución por la Brigada Político-Social y por el Tribunal de Orden Público? Así el ayer ministro y hoy embajador, como el que no quiere la cosa, tras comer con el Presidente del Gobierno, sus Vicepresidentes y otros ministros, nos propone el reconocimiento del hasta ahora ilegal sufragio universal y la modificación de las hasta ahora inmodificables Leyes Fundamentales. Y todo ello con las bendiciones de Arias Navarro, cosa que no extraña pues ya vimos al Presidente prometer un día las "asociaciones" y luego, como no las consiguió a su gusto, se permitió quejarse, públicamente, nada menos que en la propia TVE. Anécdota no menos sorprendente que la de cuando cesó a dos ministros -Barrera y Cavanillas- y a renglón seguido lloró en público, en su discurso de despedida, su salida.

¿Qué ocurre aquí? Muy sencillo: La lucha entre la ortodoxia -franquismo clásico-

Aunque Arias hiciera suyo el programa de las Juntas Democráticas de España, esto no sería más que reformismo. ¿Por qué? Porque viene de dentro del sistema. Es como si la derecha andaluza propugnara la reforma agraria. Una persona puede cambiar de actitud, pero tendrá que cambiar también de plataforma; no puede pretender defender sus nuevas ideas desde la misma plataforma que defendió la postura anterior. El señor Arias o el señor Fraga pueden defender mañana el programa de las Juntas Democráticas, pero no desde el Régimen, sino desde las filas de las Juntas Democráticas. La política no es problema de personas, ni de fórmulas, sino de espacios políticos, de condiciones objetivas. Unos intereses concretos tienen que ser defendidos por sus "interesados", no por sus contrarios; y desde el mismo bando, no desde el de enfrente.

Aparte de todo esto, hay que decir que Fraga no recurre al "asociacionismo" porque ahora ya crea en el pluralismo político, sino porque es la nueva forma de presentar su candidatura al poder; naturalmente, al poder establecido.

(Sobre Andalucía)

Hoy está sobre la mesa el debate acerca del regionalismo andaluz. Para llegar a resultados concretos, habrá que dejar de lado a forzados voluntarismos, sean en favor o en contra de este regionalismo.

En primer lugar, habrá que ver si este regionalismo responde a unos datos realmente objetivos. En segundo lugar, habrá que precisar qué regionalismo se necesita: ¿El del lloro servil de nuestras autoridades locales pidiendo una siderurgia o una fábrica de automóviles? ¿El del apoyo interesado de nuestros escritores en concursos y premios de allende Despeñaperros? ¿El de las quejas de nuestros ricos reivindicando un mejor trato a la hora de las pólizas de crédito? En fin, ¿el de los ministros que nos visitan lavando la mala conciencia del gobierno con un público y enérgico "ya no volverá a ocurrir"?

Nada de esto. La bandera regionalista que hoy levanta el pueblo andaluz es una bandera política. Una bandera política que nace de la necesidad de un cambio social en nuestras tierras, cambio a hacer desde ellas y no desde Madrid; nace de la necesidad de defender nuestras materias primas privilegiadas -agricultura y minería- frente al expolio de otras regiones; nace de la necesidad de defender a nuestros hombres del mercado capitalista de la mano de obra; nace, en fin, de la necesidad de crear estructuras políti-

cas más cercanas al hombre que las padece, para que pueda influir en las decisiones que le afectan, sin encontrarse perdido y resignado ante la presencia y lejanía del Estado centralista.

Por todo ésto, Andalucía necesita del reconocimiento de su personalidad política. Y ésto sólo se hace con la constitución de un poder andaluz, plasmado en una asamblea, representativa de su pueblo, y en un gobierno, defensor de sus intereses. Y en este poder andaluz tendrán un papel decisivo las organizaciones políticas, específicamente andaluzas, por su exclusiva defensa de los intereses regionales.

Si Andalucía no consigue este poder político propio antes de que España entre en la Comunidad Europea, el pueblo andaluz correrá el peligro de seguir siendo explotado no sólo por su propia oligarquía, no sólo por las regiones más desarrolladas de España, sino también por los restantes países en Europa a los que seguiremos sirviendo a cambio de poco: mano de obra, materias primas, sol, playas y salas de fiestas.

De ésto hablé en la reunión de Bruselas y, por cierto, no fui demasiado entendido por otros españoles, precisamente de las regiones más desarrolladas de España. No aceptaban que la relación dialéctica de explotadores y explotados no sólo se da entre clases sociales, sino entre colectividades ricas y colectividades pobres. Así la que se da entre los países industrializados y el tercer mundo, que es de igual naturaleza que la que se encuentra entre regiones desarrolladas y regiones subdesarrolladas.

Este poder andaluz que propugnamos es el único medio de evitar esta explotación. Igual que será el único capaz de hacer la reforma agraria que Andalucía necesita. Porque es incluso posible que un futuro gobierno democrático pacte con las fuerzas políticas de derechas, en defensa de intereses más importantes, el reparto de las tierras a tenor del clásico "la tierra para el que la trabaja". Sin embargo, un auténtico y democrático gobierno regional exigirá, no el reparto de las tierras divididas, sino la socialización de su propiedad y de su gestión, con una importante participación de las entidades públicas, a nivel municipal, provincial, y, sobre todo, regional. Y cuando hablo de ámbito regional refiriéndome a Andalucía, hablo desde Huelva a Almería, rechazando la división tecnocrática occidental-oriental. Andalucía es una misma, porque uno mismo es su gran problema, y porque uno mismo ha sido su tratamiento político foráneo.

Ante este gran problema de Andalucía resulta trágico el baile de discursos de hace pocos días, con ocasión de la visita a Sevilla del Ministro de Planificación. Para botón de muestra basta la frase del Presidente de la Dipu-

tación, Mariano Borrero, en su discurso al ministro: "Es tanta la confianza que Sevilla ha depositado siempre en el Gobierno de la nación, que aún hoy mismo sigue repitiendo ante sus miembros, peticiones y aspiraciones casi idénticas a las que formulara hace unos veinte años." Sin comentarios.

Febrero 1.975